

al centro, mas en esta ocasión no se portó como acostumbraba hacerlo, pues no dijo alguna cosa, mas después cobró tres francos por persona, es decir, ochenta y tres en total, lo que nunca nos había acontecido. Bastante se les hizo presente su injusticia, mas no *entende* decían, y exigían lo que habíanse propuesto. Paciencia, dijo el Illmo. Sr. Obispo, y experiencia para otra ocasión, pues como esto decían que no se comprendía en el arreglo que se había tenido, cobraban una cantidad exagerada.



CAPITULO SEPTIMO.

Visita al Santo Sepulcro. —Recepción por los Franciscanos. —Piedra de Unción. —Solemne Te Deum. —Entrada al Templete del Santo Sepulcro. —Alojamientos. —Ventura. —Cena. —Descanso. —Topografía de Jerusalem. —Puertas. —Murallas. —Colinas. —Alrededores. —Interior. —Aspecto. —Clima y población.

EN fin, peregrino, has llegado á las suspiradas playas de la Palestina; hánse por cierto realizado tus continuos y suspirados ensueños, nos decíamos á nosotros mismos; cumplidos están tus fervientes deseos y muy justo es bendigas al Señor, por tanto beneficio como te ha dispensado; te encuentras ya en la tierra bendita y que ha sido también el objeto de las pia-

dosas visitas de tantos santos como las Elenas, los Basilio, los Gerónimos, los Ciriacos, los Eustoquios, Paulos, etc. Mil veces felices somos, nos repetíamos, sí, dichosos en verdad.

Los Padres Franciscanos nos esperan; el hermanito Juan, español de origen, viene en su nombre á recibirnos para conducirnos á la habitación que estaba lista para darnos alojamiento en la Casa-Nova, que mejor debiera llamarse Casa de Caridad.

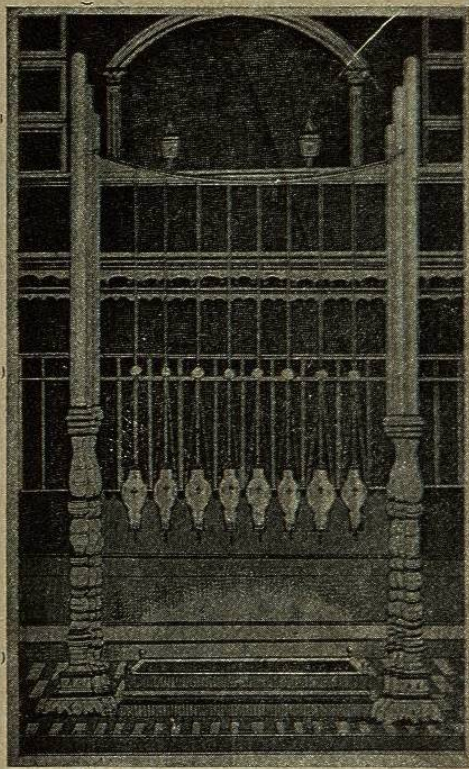
Taciturnos y meditabundos atravesábamos el espacio que de la estación hay á Casa-Nova; ni una palabra se escapaba, más bien teníamos ganas de llorar. Llegamos por fin á la puerta llamada de Jaffa, que es una de las más concurridas, donde mucha gente se encontraba llamada por la curiosidad. Con atención nos veían, y en los coches seguimos adelante hasta cerca de la hospedería de los caritativos Padres Franciscanos, pues no es posible que los coches penetren hasta este lugar, por interponerse unos muy angostos callejones. Dos cuadras tan sólo hay que andar á pie, dando vuelta con los carruajes por la puerta de Damasco, que se halla al norte de la ciudad.

Una sola cosa aconteció en estos momentos, y que hubiera sido de fatales consecuencias; mas Dios nos cuidaba y la Virgen Santísima de Guadalupe nos cubría con su manto, y nada había que temer. Es el hecho que al bajar de los carruajes se encontraba el P. Lopitos un poco distraído, cuando la lanza de uno de ellos le pegó y lo arrojó por tierra, *cayendo muy temprano Sr. San Francisco*, según él mismo decía después con mucha gracia. Siguiendo al hermanito Juan, nos dirigimos á la Casa-Nova en donde reposamos un poco en la sala, mientras el R. P. Provincial ordenaba al encargado, que es un seglar muy listo llamado Ventura, nos fuera colocando convenientemente. De dos en dos nos fueron llamando, saliendo primero las señoras que eran tres, y las que en una misma habitación quedaron instaladas.

Operación de un momento fué todo esto, y quitándonos un poco el polvo que en nuestra travesía habíamos cogido, dejamos todo lo que de molesto traíamos, y á la portería nos dirigíamos para encaminarnos á la magnífica y preciosa Basílica del Santo Sepulcro, antes que la noche nos envolvie-

ra con sus negras y pavorosas sombras. Atravesamos unos cuantos callejones, porque así parecen todos, y después de pasar algunos bazares llenos de gente, llegamos ¡oh mi Dios!, llegamos, repito, á la imponente Iglesia. Al entrar nos encontramos de frente, como á unos diez metros de la puerta con una magnífica piedra que nos fué dicho en el acto se llamaba la Piedra de Unción. Sin aguardar otra cosa, á tierra todos, sí, nos arrojamos á imprimir un ósculo en ese lugar bendito. Algunos minutos permanecemos en esta postura y si no hubiera sido porque era necesario, á fin de que todos pudiéramos gozar de esta dulce satisfacción, pues no era posible pudiéramos hacerlo todos á la vez, la verdad no nos hubiéramos parado; es increíble, sí, la fe que tiene uno en esos lugares; casi es imposible pueda haber mayor.

Al rededor de este monumento sagrado encuéntranse muchas hermosas lámparas, que ardiendo de día y de noche, manifiestan la fe de los cristianos. Dos blandones, sosteniendo gruesos cirios de cera, se encuentran en cada lado, y luego se ve la pared. Algunas lágrimas dejamos como pre-



Piedra de la Unción.—Jerusalem.

cioso recuerdo en este lugar donde estuvo tendido el divino cuerpo del inocentísimo y paciente Jesús, al hacerle su Madre Santísima las últimas exequias fúnebres, según era la costumbre de los hebreos.

Profundamente conmovidos, y con los ojos arrasados por las lágrimas, con la garganta anudada por el llanto y con el corazón enajenado de tristes impresiones nos dirigíamos todos en procesión hacia la capillita del Santo Sepulcro, que se encuentra situada á unos treinta metros hacia la derecha y en el mismo nivel del piso, sólo marcado con un escalón que hay que subir, como de una cuarta de alto. Los muy RR. PP. Franciscanos, custodios afortunados de estos Santos Lugares, nos esperaban ya formando valla, y tan pronto como todos estábamos allí, entre sollozos, suspiros y lágrimas, entonamos un solemne *Te Deum*; pero casi sólo ellos lo desempeñaron, porque á nosotros nos era imposible hablar una palabra. Concluido que fué, se cantaron las preces y oraciones que la Iglesia ha prescrito para dar gracias á Dios por los beneficios recibidos, y á fé que nosotros particularmente debíamos hacerlo de día y de

noche, pues sus favores y gracias en esta peregrinación otorgados son infinitos. Terminado todo esto, nos arrodillamos algunos instantes y comenzamos á entrar al lugar sagrado donde se encuentra la tumba que durante tres días contuviera el cuerpo santísimo del Hijo de Dios, teniendo la sin igual dicha de poner nuestros labios en ella é imprimir un óseulo de amor por primera vez.

Con esto terminamos el feliz día veintitrés de Marzo, de imperecedera memoria, reservándonos para más adelante el dar algunos datos los más precisos y exactos que se puedan de estos santos lugares. Ahora, como ya es de noche y los turcos que cuidan de la puerta de la Basílica se empeñan en cerrarla temprano, nos es necesario retirarnos y regresar á nuestro alojamiento de Casa-Nova.

Despacio y muy pensativos fuimos poco á poco abandonando contra toda nuestra voluntad estos lugares santísimos, encontrándonos luego en la salida una especie de plazuela pequeña y que diariamente se ve muy frecuentada por tantos peregrinos, sobre todo por tanto ruso que tiene allí su

expendio de muchísimas cositas que ellos usan como objetos sagrados. Allí se ven unos rosarios muy distintos á los que conocemos, estampas, prendedores, medidas, medallas, etc.; hasta un puesto de cacahuates y pepitas de calabazas tostadas, así como confites se encuentran en este sitio. Agua que venden; en fin, muchas cosas se ven en este lugar donde debían estar siempre en oración para entrar como se debe á estos lugares tan santos.

Tomamos luego las mismas calles que cuando vinimos, sólo que ahora tuvimos que ir subiendo, aunque poco á poco, y esta subida casi no es perceptible ni mucho menos fatigosa. Un cuarto de hora después nos indicaron que á la izquierda estaba la entrada á la casa hospitalaria, la llamada *Casa Nueva*. Fuimos luego subiendo las escaleras, pues vivíamos en el segundo piso para ver si encontrábamos nuestros cuartos. Fácilmente dimos con ellos y acto continuo sonaba una campana que á comer nos invitaba, pues en comunidad se acostumbra lo hagan todos los peregrinos que aquí alojados se encuentran. Una llamada, preparación; segunda, á descender y dere-

cho al comedor el que guste tomar alimento. En la puerta nos estacionamos mientras nuestro dignísimo señor Obispo se presentaba, el que nada se hizo esperar y colocados quedamos todos juntos, poniendo en seguida el *cativo* de Ventura á los demás peregrinos que en buen número se encontraban, procedentes de otras naciones. Dos son los que acompañan á Ventura á servir la mesa cuando hay bastantes peregrinos y con mucha violencia y limpieza lo ejecutan.

A las ocho habíamos terminado y antes de entregarnos al descanso determinaron se fueran á quedar algunos con los reverendos padres Franciscanos para que muy temprano pudieran celebrar la misa, pues debe advertirse que algún trabajo cuesta hacerlo, á consecuencia del poco tiempo de que se dispone por tener que ceder la capilla á los rusos cismáticos á las siete y media en punto, y ya también por ser muchos los peregrinos que desean alcanzar esta gracia y tener esta satisfacción. Así es que el Sr. Canónigo Torres y el P. Barbosa fueron los agraciados.

—A dormir, señores peregrinos y hasta mañana 24; que pasen muy buena noche.

JERUSALEM.

Situada está esta ciudad, interesante por sus recuerdos históricos, en medio de las cumbres más altas de las montañas de Judea y se eleva á setecientos ochenta metros sobre el nivel del Mar Mediterráneo: sus terrenos casi todos son áridos y sólo la hierba que naturalmente se produce es lo que ameniza un tanto sus cenicientas tierras. Los olivos sí se producen en alguna abundancia y el fruto que brinda sirve para aliviar las necesidades, único consuelo que los moradores puedan tener, pues sufren sin remedio la maldición que fulminada fuera por el mismo Dios.

En el lienzo de las murallas que circundan la ciudad y que van desde el N. E. del monte Bezetha al S. O. del monte Gareb, ó sea en la parte del N., tiene hacia el O. la puerta que llaman de Damasco y que los turcos denominan Bab-esch-Cham y también Bab-el-aamud, en español puerta de la columna. De aquí parte el camino hasta Damasco, de donde ha tomado su nombre.

En esta puerta nótanse algunos adornos de estilo árabe, y sin duda es la más fortificada de todas. Dirigiéndose hacia el E. se encuentra uno con la llamada de Herodes y que los moros la conocen por Bab-ez-zahhan, puerta de las flores, y es más pequeña que la anterior. Hacia el N. se halla la denominada de San Esteban, por asegurarse que aquí fué este protomártir apedreado por los judíos, lo que fué causa de su muerte; he aquí el origen del nombre que lleva y los naturales la conocen con el de Babes Sitti Mariam, puerta de Nuestra Señora María, por conducir á la tumba de la Santísima Virgen; el que desee visitar el Monte de los Olivos y el Valle de Josafat tiene que salir por esta misma puerta. Al rumbo S. existe la denominada *Puerta Dorada*, por la cual no hay acceso y es sin duda la más notable por sus antiquísimas esculturas.

Siguiendo el lienzo de la muralia que va desde el Moria hacia el S. O. del monte Sión, hay dos puertas: hacia el E. la denominada de los Mangrabinos y hacia el O. la de Sión, y que los musulmanes la conocen con el nombre de Bab-en Hebi-David, puerta del profeta David, por ser la que es-

tá muy cerca al cenáculo donde aseguran está enterrado David, venerando allí su tumba.

Por último, en el E. está la llamada de Jaffa, siendo la más concurrida por los árabes y en donde está el sitio de coches, donde se toman los burros para las excursiones y por donde entran todos los peregrinos que llegan á esta ciudad de David y por consiguiente la primera que los peregrinos mejicanos conocimos. Carece ciertamente de adornos; pero es la más espaciosa y por aquí están los principales mazacinos.

De suerte que, resumiendo lo dicho, nos encontramos con que tiene siete puertas, llamadas de Damasco, Herodes, San Esteban, Dorada, Mangrabinos, Sión y Jaffa. Hállase fortificada en la actualidad por unas antiquísimas y fuertes murallas, destruidas ya en algunas partes, construidas de dura piedra, y las que miden trece metros de altura y dos de espesor, llenas de almenas y flanqueadas por torres cuadradas, pues se asegura que traen origen de la época anterior á las Cruzadas. Llámase la ciudad de las cinco colinas, por hallarse situada sobre

dos hileras casi paralelas de éstas, mas no de altura igual, y las separa un precioso valle que tiene su principio de N. á N.E. y termina en el S.S.E. El que se encuentra al N. se llama Bezetha; en el N. E. el llamado Monte-Careb, que está unido al Calvario; el Monte Sión en el S. O.; en el S. E. el Monte Moría, y un poco inclinado al S. E. el Monte Akra.

El exterior de la ciudad está rodeado por varios torrentes, limitados por algunas altas colinas que limitan el horizonte enteramente, exceptuando la parte N. donde se encuentra una pequeña llanura como de unos mil metros aproximadamente. Acerca de los torrentes que la circundan, más adelante daremos otros pormenores, es decir, cuando en nuestros burritos vayamos recorriéndolos.

En cuanto á su interior, diré que está formado por una especie de trapecio irregular y que puede decirse que sólo cuenta con tres regulares calles, aunque todas muy desaseadas y hasta indecentes. Una de ellas es la que desde Belem puede tomarse y penetrando por la puerta llamada de Jaffa se dirige hacia el Oriente y que en tiempo de

los Cruzados se denominaba á la parte superior con el nombre de calle de David por encontrarse por este lugar la famosa torre que lleva el nombre de este penitente profeta, y á la parte inferior calle del Templo, debido á que va á terminar en una de las puertas del que fuera en otro tiempo el suntuoso, magnífico y rico templo de Salomón, destruido hasta sus muros por la maldición de Dios y hoy convertido en mezquita musulmana, llamada de Omar.

Otra calle también de las más regulares es la que partiendo de la puerta de Damasco va á terminar en la de Sión y atraviesa por el E. de la Basílica del Santo Sepulero, conociéndose en tiempo de los Cruzados, según afirman los judíos actuales, por la calle de San Esteban. La tercera y última calle que merece apenas ese nombre es la que tiene nacimiento en la iglesia llamada de San Salvador, donde tiene su residencia el R. P. Custodio y algunos frailes franciscanos, terminando en la puerta de San Esteban, atravesando casi toda la Via Dolorosa, llamándose la parte superior, calle de los cristianos. Todas las demás son unos callejones asquerosos y sucios, presentando

un aspecto el más triste. Sus casas casi todas son bajas y faltas de luz, la que sólo reciben por pequeñas aberturas. El empedrado de las calles es malísimo, tanto que valía más no hubiera; la forma de los callejones es irregular y sin simetría. En fin, sólo el deseo de visitar y adorar los lugares bendecidos por el Salvador pueden halagar al peregrino para visitar esta fea y sucia ciudad.

Refiriéndonos á la historia de su fundación, debemos decir que con justa razón debe llamarse santa, pues sin tener en cuenta los hechos históricos religiosos de la vida, pasión y muerte del Redentor, debería llevar siempre este calificativo por haber sido el lugar en que los judíos tuvieron un templo el más suntuoso, rico y magnífico del mundo entero, en el cual Salomón empleara tanto tiempo y tanto tesoro, del cual ahora sólo les quedan unos sillares que con tanta veneración conservan. Jerusalem, llamado antiguamente Salem, debe su origen y fundación al rey y sacerdote Melquisedec, asegurándolo así la tradición, por los años 1769 antes de la venida del Salvador y de la cual sobre el monte Akra se pusieron sus fundamentos, mas sólo desde el tiempo de

Antioco Epifanio se conoce este nombre, el mismo que en el año 173 antes de nuestra era construyó una fortificación. Los Jebuseos se apoderaron de este sitio cincuenta años después de su fundación, éstos eran descendientes de Jebús, hijo de Canaán, los que edificaron otra fortaleza en el monte Sión y le dieron el nombre de Jebús y de ambas reunidas se le dió el nombre de Jebusalem, y más tarde Jerusalem, ó revisión de la paz. Cuando los hijos de Israel llegaron á la tierra prometida ya disfrutaban su posesión por el espacio de 324 años. Esta ciudad de Jerusalem fué tomada el año de 1445, antes de Jesucristo, y su rey fué condenado á muerte. Llamábase Adonizadech, mas el Monte Sion permanecía siempre en poder de los Jebuseos. Después tomaron posesión de ella y la habitaron los israelitas, así como los cananeos (Josué 15. 63; segundos reyes 5.5.) A la muerte de Josué, los israelitas signieron la guerra y tomaron á Bezech, así como á su rey, que, cruel por instinto, hiciera cortar las manos y los pies á 70 reyes, y por esto fué condenado al mismo tormento, conduciéndolo después á Jerusalem, donde murió.

Reinando David se apoderó de Jerusalem y estableció allí la capital de su reino, lo cual acontecía el año de 1047 antes de Jesucristo, y hé aquí el motivo por qué lo que antes se llamaba Monte de Sión toma el nombre de Ciudad de David, y en él fijó su residencia este príncipe. Acaecida su muerte, le sucedió su hijo Salomón, el que logró llegase esta ciudad al apogeo de la mayor grandeza que ha podido tener en el transecurso de tantos siglos. Lo prueban sus relaciones con la India y la Africa, su empeño y abnegación en la construcción del suntuoso templo que llevara su nombre y del que aun hoy se hace mención por todos los ámbitos del mundo. Mas como todas las grandezas humanas, desapareció al poco tiempo, y después, con su muerte, perdió en gran parte la importancia que tenía y más caminaba á su ruina, porque quedó reducida solamente á dos tribus que permanecieron sujetas, pues las diez restantes fueron sustraídas á la obediencia de Roboán, nieto de David; por lo mismo, Jerusalem tuvo que sufrir durante mucho tiempo, invasiones de tantas tribus que se aliaban con las disidentes.

Pasando por alto los hechos que acontecieron en los subsiguientes siglos, á fin de no ser tan difuso y molesto á los lectores, me limitaré solamente á hacer presente la historia de sus últimos tiempos. Así es que 70 años antes de Jesucristo se apoderó de ella Pompeyo; más tarde Herodes llegó á ser su rey y trabajó mucho por engrandecerla, lo cual acontecía poco tiempo antes de que el Redentor del mundo se dejara ver en la tierra. Sabido es de todos que 4,000 años después de la creación del mundo, en un humilde rincón de Belem, una Virgen pura dió á luz al Salvador de la humanidad y por mandato de este mismo rey Herodes fueron degollados los inocentes con el depravado fin de que se incluyese en este número al que temía le quitase el cetro. Sabido también es que muerto Herodes, la Sagrada Familia se hallaba en Egipto. Sabido también es que en estos lugares padeció y murió el que rescataba á la desgraciada herencia del padre prevaricador. Sabida también es la maldición que sobre este pueblo deicida se fulminara, y sabido también, por último, es el estado tan triste á que ha sido reducida, pues no hay en el orbe ciudad

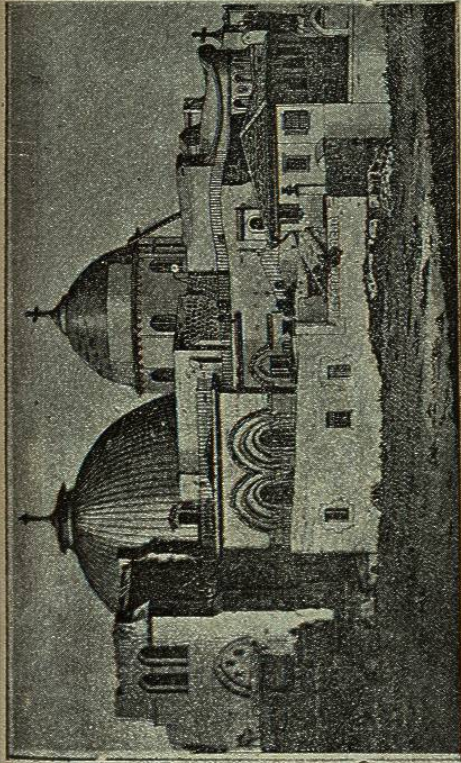
que tantos desastres, saqueos, persecuciones y sufrimientos haya tenido como ésta, sin duda por el castigo que merece, pues no hay crimen igual que se registre en los anales de la historia, como el que se perpetró en esta ciudad maldita.

Su clima está sujeto á cambios muy continuos y muy bruscos, pues de un momento á otro el termómetro varía de 6 á 7 grados. Seis meses se tiene un cielo siempre brillante, y aun durante el verano su clima es muy delicioso, mas cuando sopla el viento Sur se deja sentir un calor sofocante. Durante el tiempo de nuestra permanencia tuvimos, gracias á Dios, una temperatura magnífica, pues se refrescaba continuamente con algunas lluvias que el cielo nos brindaba.

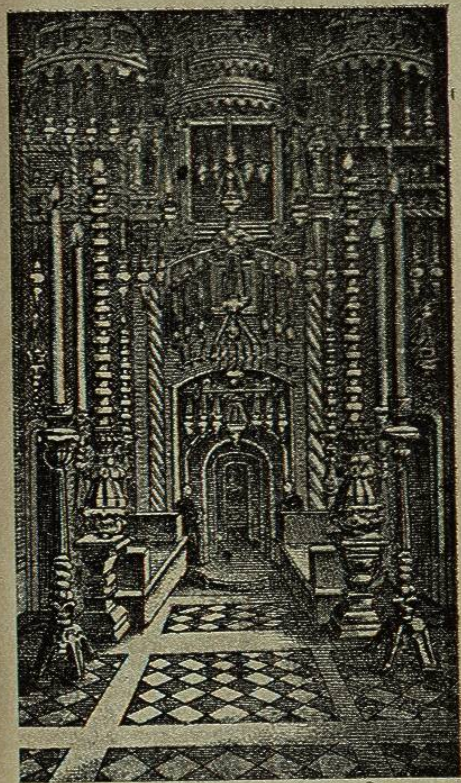
Por último, el censo de su población se reduce á unos 30,000 habitantes, poco más ó menos, amén de la población flotante que la aumenta en gran número, pues son muchos los peregrinos que continuamente afluyen y contribuyen en gran manera á darle vida y aumentar su movimiento. No tiene costumbres propias, debido sin duda á la diversidad de cultos y razas que hay, moti-

vo por el cual se encuentra el peregrino ó el viajero sin paseos, ni nada que le llame la atención, exceptuando los lugares santificados por nuestro Divino Salvador, pues en las calles se encuentra uno ya con el fraile franciscano con su simpático sayal pardo, ya el griego con su bata negra y sombrero cilíndrico, ya el armenio con su capuchón cónico, ya el judío, el moro, los genizaros, con trajes de distintos colores y hablando diferentes idiomas, lo que hace que sea aquello una torre de Babel y ofrezca al peregrino extranjero un espectáculo que excita verdaderamente su curiosidad.





Iglesia del Santo Sepulcro. Jerusalem.



Interior de la Iglesia del Santo Sepulero.